



de renta antigua, piso de la cooperativa. Ya toda España había pagado el piso, estaba feliz con el piso, le daba cera Johnson y Kennedy al suelo de parquet del piso, empapelaba el piso, le ponía aire acondicionado al piso, metía la televisión en color en el piso, le ponía persianas de aluminio al piso.

Y un día llegó la Confederación Española de Cajas de Ahorro —la que ayudó con la cuenta ahorra-vivienda a pagar el piso—, y publicó en su revista un artículo que decía: «El chabolismo en España presenta dos características muy acusadas. En primer lugar, el 64,5 por ciento (71.476 chabolas) se concentran en seis provincias: Madrid, Granada, Santa Cruz de Tenerife, Córdoba, Cádiz y Barcelona; en segundo lugar, el 55 por ciento del total de chabolas se encuentra disperso por 27 provincias, y el restante 30 por ciento se distribuye en 14 provincias, o sea, 6.131 y 34.716 chabolas, respectivamente.»

Y en el piso se leyó aquel artículo. Y nadie sabía qué era el chabolismo. La tía dijo que era una enfermedad de la que habían muerto cinco recién nacidos en Italia, que lo había dicho el telediario. El padre dijo que era una doctrina marxista que defendían grupos a sueldo de Moscú. El hijo aseguró que chabolismo era un fenómeno físico mediante el cual los cuerpos en estado sólido presentan una especial refracción de los rayos ultravioletas. La madre estaba en que chabolismo era una moda que este verano se había llevado mucho en Marbella, y que consistía en ir con chilaba árabe a lo de Alfonso

de Hohenlohe, que lo había leído en la peluquería. Y todos miraron el diccionario enciclopédico, comprado a plazos para ornamentar el mueble biblioteca-bar que habían comprado para el piso. Y en el diccionario hablaban del novelista Juan Chabás, y del almirante francés Chabert, y del departamento de Chablis, y del compositor Chabrier, pero no del chabolismo...

Mientras, en algún lugar de España, un hombre sentía caer la lluvia colándose por un techo de urulita ■ A. B.

COMIENZA EL CURSO

Los cursos académicos son insidiosos y comienzan siempre cuando no deben y por donde menos deben. Eramos pocos y parió el alma mater. Ahora es cuando tenemos que echar mano de don Julio, que era el Uri Geler de la Universidad y doblaba los cursos por la mitad con su mirada mineralógica.

¿A quién se le ocurre estar en octubre, con lo que está pasando? Sólo al calendario. ¿A quién se le ocurre iniciar ahora un curso universitario, reabrir la Universidad? Sólo a un alma mater o a un alma de cántaro. No es momento, no es momento. El señor ministro de Educación acaba de decir, que sin la paz, la labor de la enseñanza es imposible. Nada, que yo llamo a don Julio. Claro que lo mejor sería ir a buscarle con un taxi, pues don Julio, si no, es capaz de venirse andan-

LA VIOLENCIA ES UNA VIEJA PATRAÑA

APENAS dije «Los españoles somos demasiado violentos», mi interlocutor exclamó «¡No!», y extendió vivamente su brazo. Cuando me levanté del suelo me ayudó a sacudirme el polvo con unos golpes secos, nerviosos, rudos. «¡Eso es un tópico!», decía, y microscópicos impactos de su salivilla me llegaban al rostro.

«Quisiera decir...» apunté. «¡Basta!»: sus dos manos abiertas formaron un muro entre él y yo. «Es una idea anti-española». Hice un gesto de horror y agité vivamente la cabeza en el sentido negativo para evitar verme envuelto en algo tan grave. «Dumas, y Marimée. Stevenson. El terrible Lewis y su vituperable «Monje». Y más atrás, más atrás». Las palabras se le acumulaban nerviosas: «¡Polibides, Tucibio!» Timidamente le corregí: «Tucidides, Polibio...» «Si... y todos... esos...» Añadí algunos nombres para ayudarle: «Salustio, Tácito...» Asentía vivamente.

Me aferré de los hombros y me sacudí. Tintenaban las llaves y las monedas en los bolsillos. «¡Violentos, no! Ni nerviosos, ni agresivos». Un caballero que escuchaba se acercó con el ceño amenazador y se dirigió al que yo sigo llamando mi amigo: «¿Necesita ayuda? —le dijo— me ha parecido oír que aquí este —éste era yo— decía que éramos los españoles violentos y agresivos... Y, mire usted, yo cada vez que oigo esa patraña, siento un velo rojo delante de la vista, y ya no sé lo que hago... Si necesita usted ayuda...» «No, gracias, compañero —dijo mi amigo, al tiempo que el desconocido y él se propinaban golpes de reconocimiento en la espalda, que terminaron con un mutuo ataque de tos—; en el fondo, no cree lo que dice... Está muy influido, ¿sabe? Sale poco y lee mucho...» «¿Lee?». Al desconocido se le había vuelto a cerrar el entrecejo.

«No tanto —me atreví a decir—; no, no tanto...» «¡Habría que quemar todas esas librerías!» «No, claro —apunté— si ya, poco a poco...» «Son librerías —decía el ajeno, y mi amigo asentía y barbotaba gruñidos de comprensión— que están sembrando la violencia, la discordia y la agresividad, mientras sus libros aseguran que los españoles somos violentos». «¡Qué van a serlo ustedes!» aclaré. «¿Cómo ustedes?», dijo mi amigo. «Quiero decir nosotros. Ustedes dos ya sé que no lo son, claro, y eso quiero decir. Yo, ya ven ustedes, a causa de una formación liberal y blanducha, como consecuencia de las terribles infiltraciones en el profesorado y en la prensa, y de la permisividad en la cuestión libros de don Ricardo de la Cierva, he llegado a ser algo violento y agresivo, pero ya me estoy curando...»

Hicieron muecas de satisfacción. «¡Cómo puedes pensar que yo creo que el español es violento!», dije a mi amigo, dándole una cariñosa pero sonora bofetada, en signo de camaradería. Le gustó. Me atreví con el otro: le clavé repetidamente el índice en el estómago, mientras insistía: «¡Pacíficos! ¡Demasiado buenos! ¡Qué nos engaña todo el mundo, eso es lo que pasa!». Clavé mi puño en la mandíbula de uno y di un puntapié en la espinilla del otro mientras gritaba como un loco: «¡Y a quién diga lo contrario me lo cargo!». Desde el suelo reían de entusiasmo. Fue una gran jornada para mí. Y para ellos. ■ POZUELO